



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## CAPITULO XVI DOS SUEÑOS

EL 1º. DE DICIEMBRE DE 1934 transmití pacíficamente el poder a mi sucesor. Ya he dicho que cuando me hice cargo de la Presidencia no estaba acostumbrado a tratar con Políticos, ni habituado a la vida permanente en las grandes ciudades. Los puestos públicos que antes había desempeñado me habían obligado a tratar a las más diversas personas, pero mis amigos habituales, la gente que constantemente me rodeaba, seguían siendo hombres del norte, tan pocos amigos de las fórmulas diplomáticas y tan afectos a la sencillez y a la franqueza.

Durante el período en que ocupé la Presidencia, fue indispensable que conociera y tratara a personas de mentalidad distinta a las que estaba habituado a tratar. Es verdad que pronto me acostumbré y hasta me amoldé a las nuevas circunstancias. Pero el cambio había sido radical y dejó cierto impacto en mi espíritu. A este impacto atribuyo un sueño que tuve meses después de dejar la primera magistratura.

“Soñé que vivía en una ciudad muy grande y populosa, cuyo nombre en el sueño no percaté, pero allí se hablaba español.

Me sentía sumamente agobiado por exceso de trabajo y hastiado de ver tanta debilidad, incompreensión y falta de visión

entre los hombres. Recorrí mentalmente lo que pasaba en mi alrededor. Veía los ampulosos y fastuosos acaudalados, construyendo o viviendo en lujosísimas y costosas mansiones, avaros y acaparadores de riquezas. Algunos de ellos con tan gran vanidad y egoísmo que, inclusive, construían sus propios mausoleos, para tener la seguridad de que, hasta muertos, quedarían alojados suntuosa y cómodamente. En cambio, jamás se les había ocurrido destinar parte de sus riquezas superfluas para hacer algún bien a sus semejantes. La forma despiadada y ostentosa de vivir de esa gente, provocaba la ira de los menesterosos y el desprecio de los hombres bien intencionados. Pensaba como se enriquecían algunos explotando la miseria de sus trabajadores. No se porque singularicé a los laboratorios de medicinas, quizás porque me había dado cuenta de como robaban al prójimo. Sabía que una cosa que les costaba un peso, la vendían en diez. Las utilidades de los laboratorios son exorbitantes y lo peor de todo es que las mayorías, que la forman los pobres, son las que hacen ricas a esas gentes sin conciencia. Pensaba en los sufrimientos y sinsabores de esa gente humilde; en las intrigas de los hombres; en las luchas entre ellos para sacarse ventajas unos a otros; en los odios y rencores; en las falsedades en que incurren para lograr sus propósitos ímprobos, innobles y bastardos; en los crímenes, envidias e ingratitud de muchos. Sufría las decepciones que vienen acopladas a cualquier hombre en sus relaciones con otros, según sus actividades desleales.

“Era tal el torbellino que revoloteaba en mi cerebro con aquella agitación estrafalaria de la gran ciudad que, sin pensarlo, inconscientemente, salí de ella, sin importarme el rumbo. Caminé y caminé en un estado de absorción completo, sin darme cuenta a dónde iba, ni por dónde pasaba. Era tan deprimente mi estado de ánimo que no se me ocurría ver ni el suelo que pisaba. Al mucho caminar repentinamente oí una

voz que me decía: *¿Por qué has entrado a este lugar prohibido a los hombres?* Volví en mí súbitamente, despertando como de un sueño profundo y busqué a quien me había hablado, sin lograr localizar a nadie. Me di cuenta que ya estaba dentro de un bellissimo bosque, con árboles tan frondosos, hermosos y sanos, como jamás los había visto. Entonces recordé que cerca de aquella ciudad de humanos, de donde venía huyendo, era del conocimiento público que existía ese bosque misterioso y de pureza y belleza sublime y cuyo acceso estaba vedado ver a los humanos, a no ser que fuera a cambio de su vida. Era evidente que quien se aventuraba a entrar allí, no volvía jamás.

“La voz interlocutora me ordenó: *Sigue adelante, otros vigilantes te guiarán al lugar donde debes ir.* Obedecí su orden y a intervalos oía las instrucciones que me daban, hasta que llegué al centro de una arboleda de una belleza indescriptible, la cual tenía la forma de un anfiteatro, especial para estudiar, acordar y dictar disposiciones. Todo aquello era belleza, orden y majestuosidad. Permanecí un momento atónito, esperando los sucesos. No espere mucho tiempo. Oí lo siguiente: *Estás ante las autoridades supremas de este lugar prohibido a los humanos. ¿Por qué has venido si sabías que no volverías con vida?* Contesté: Entré aquí inconscientemente, venía huyendo precisamente de la humanidad. La voz: *Están ante un jurado, te escuchará y determinará en la forma que debes desaparecer.* Contesté: No trataré de justificar mi entrada aquí y menos defenderme o pedir se me reintegre a la ciudad de donde salí. Diré cándidamente que prefiero morir aquí, que en cualquier otro lugar del mundo. Regresar a ponerme nuevamente en contacto con la humanidad, sería el peor de los castigos para mí. Si en vista de que he huido de la humanidad, precisamente para eludir sus debilidades y espíritu delictuoso, y su falta de razonamiento y fraternidad; y sabiendo que yo no podía remediar las calami-

dades de esa humanidad y ni había poder en el mundo para hacerlo, agotado por todas esas pesadumbres opté por salir y aquí estoy por casualidad venturosa o por designio del destino. Si se me permite decir algo y si por las causas que estoy aquí exponiendo, ustedes lo juzguen posible, lo único que puedo pedir, es que se me transforme en uno de ustedes. La voz: *Deliberaremos*. No oí esa deliberación. Para mí fue un momento de suspenso expectante. La voz: (que suponía era la autoridad suprema): *"Hemos llegado a una conclusión: tomando en consideración el motivo de tu intromisión en este lugar consagrado a la pureza y rectitud, y tus deseos de quedarte entre nosotros, te concedemos esa gracia y te transformaremos en árbol para que formes parte de nuestra entidad, aunque por algún tiempo, mientras no te bagas merecedor, no tendrás derechos dentro de nuestra estructura."*

"Desde luego acepté el castigo, me considere benévolo y sintiéndome muy honrado quedarme entre ellos. Les rogué me dijeran como era que, siendo árboles, hablaran, y en español, que era mi idioma. No *hablamos*, me contestó la voz, porque yo oía voz, *transmitimos por telepatía; el idioma es lo de menos. Igual que entendemos tu idioma, percibimos tus pensamientos.*

"Me transformaron en árbol; pero no resulté ser uno de aquellos árboles magníficos e imponentes. Fui un árbol torcido, lleno de lacras, casi deforme. No protesté; pero pregunté si así quedaría definitivamente. No, me dijeron, *si fueran a quedar así no se te hubiera transformado en árbol entre nosotros. Te transformamos así, porque así aparecerías en relación con nosotros si nosotros fuéramos hombres; pero a su debido tiempo formarás parte de nuestra familia, con la debida compostura.*

Ya que se trata de sueños, asentaré otro que tuve más o menos en la misma época, relacionado con mi inolvidable y querido amigo, el viejo herrero don Victoriano Romo, de quien tan buenos consejos recibí en las primicias de mi adolescencia. No lo recuerdo muy bien; pero creo que don Victoriano creía en la

reencarnación de los espíritus y quizás a ello se debió mi sueño.

“Estábamos en el Tíbet. Don Victoriano era el Dalai Lama, príncipe de la secta budista de aquella exótica región. Yo era también un joven lama y me apuntaba para sucederlo al morir él, pero siempre bajo sus auspicios y ayuda. No recuerdo o no soñé cómo nos llamábamos allá. Sólo sé que nos conocíamos como amigos de la vida anterior.

“Don Victoriano, como Gran Lama, era, naturalmente, el soberano político y religioso de aquel país tártaro. A mí me había estado preparando pacientemente para que a la postre asumiera su lugar, a pesar de que había muchos otros lamas mayores, de más experiencia y sabiduría que la mía. El se sentía ya anciano y frecuentemente oficiaba yo en su lugar, bajo su vigilancia.

“Llegó al conocimiento del mundo exterior la noticia de que en el Tíbet se celebraría una solemne ceremonia para verificar ciertos cambios importantes de funcionarios dentro de su sistema de Gobierno. Con tal motivo, vino mucha gente de fuera, turistas, entre ellos y, como es de suponerse, muchos norteamericanos con sus cámaras, así como escritores, periodistas, etcétera, etcétera. Los atraía la curiosidad de los sucesos de aquel país singular.

“El Gran Lama, que observaba el mayor escrúpulo en todo aquello concerniente a su gran responsabilidad como jefe de Estado y guardián de la dignidad que correspondía a esos actos de carácter nacional, ordenó que se advirtiera a los visitantes extranjeros, que aquello sólo le atañía al país y que las ceremonias eran sagradas para la nación y que, por tanto, no debían darle publicidad en sus países, de lo que veían allí. Había notado que algunos llevaban cámaras y prohibió terminantemente que se tomaran fotografías.

“Era yo su discípulo consentido y por intereses afines y mutua simpatía, se preocupaba porque aprovechara sus ense-

ñanzas. Lo obedecía ciegamente y lo respetaba, tratando a mi vez, con todos los esfuerzos de que era capaz, de aprovechar sus lecciones. Realmente deseaba, algún día, llegar a ocupar su lugar.”

Nunca he creído ni creo en la reencarnación del espíritu. Sin embargo, en este sueño, don Victoriano y yo nos encontrábamos reencarnados como tibetanos, y lo más extraño, como sacerdotes de un culto que no había sido el nuestro.

Creo que no terminé el sueño, porque no supe si había llegado a ser el Dalai Lama; pero el hecho de seguir soñando con don Victoriano, después que han pasado más de 60 años de no verlo, me inclina a pensar que, cuando ha habido sinceridad en la amistad y cariño mutuo, nuestros espíritus conservan estos sentimientos aún después de haber dejado este mundo.

Como complemento a este capítulo añadiré que, mis intenciones al hacer estos apuntes, eran no mencionar nada desagradable, tratándose de otros hombres, porque no considero necesario ni debido lastimar a nadie cuando se trata de hablar de uno mismo; pero me veo en la necesidad ineludible de hacer alusión a las “Memorias del General Juan Andrew Almazán”, recientemente publicadas.

Como se habrán dado cuenta los que las hayan leído, para el general Almazán, la Revolución Mexicana se hizo con hombres ineptos, cobardes y falsos. El único valiente, honrado y capaz, es él mismo, según lo da a entender.

A todos los hombres de la Revolución los denigra y llena de vituperios, empezando por el señor Madero y siguiendo con Carranza, Pino Suárez, Obregón, Calles, Cárdenas, Avila Camacho así como con todos los demás que él dice haber conocido. De mí, entre otras majaderías y falsedades, dice que, cuando fue candidato a la Presidencia de la República, le mandé ofrecer mis servicios para su campaña; pero que él

no los aceptó, porque le exigía ciertas prerrogativas. Nada más falso. Véase en el Apéndice Número 8 lo que dicen sobre el particular el licenciado F. Javier Gaxiola, It., y el señor Melchor Ortega, quien intervino prominentemente en la campaña.

Para el general Almazán, el único hombre con méritos que surgió en aquella época fue el pretoriano de la Dictadura; enemigo de la Revolución; el hombre más funesto que ha nacido en México. el chacal Victoriano Huerta, a quien Almazán sirvió fiel y lealmente como esbirro.

En este hombre, Almazán, se refleja la perversidad acumulada por sus pasiones y sus fracasos. Arremete históricamente contra los hombres que él mismo sabe que han valido mucho más que él, y es seguro que esos odios y pasiones, también a él le afectan moralmente. No puede ser feliz un hombre que está deseando el mal o pretende hacérselo a otros.

Me he referido a Almazán, aunque, puedo decir, que jamás he sentido odios ni prejuicios para nadie. Siempre seguí la regla de oro: *No bagas a otros lo que no quieras para ti*. Tolerancia, comprensión, amplitud de espíritu para juzgar y resolver los problemas que se presentaban con las distintas gentes, fue mi lema.